

DOS figuras en las que se comprenden dos fechas, alfa y omega de la historia de Filipinas española.

Felipe II, a quien cupo la gloria de dar su nombre a este archipiélago al ser descubierto por Magallanes, y la Reina María Cristina, que tuvo el sentimiento de ver desprenderse florón tan querido y hermoso de la corona de España.

Este período, cuyos anales comienzan en Filipinas con personajes del relieve de Calipulaco y Lakandola, concluye con los nombres señalados en las ciencias, las letras, las artes, la Iglesia, la Magistratura, la Milicia y todos los ramos del saber humano en general como Rizal, Arellano, Azcárraga, Hidalgo, del Pilar, Luna, del Pan, Guerrero, Mabini y cientos de cientos más, incluso los de posteriores días que acusan la levadura de su educación y de la acción de España en estas islas, bien distintas al plantarse la enseña de la Nación educadora de los mundos que descubrió, de cuando fué ésta sustituida por las fajas y estrellas norteamericanas.

Los Estados Unidos, que con toda la soberbia de su poderío, no les ciega la pasión para reconocer méritos ajenos han sido los primeros en declarar que al llegar a este preciado Archipiélago se encontraron con un pueblo formado y educado de tal manera que no desmerece de los demás



S. M. DON FELIPE II

del Globo con respecto al grado de progreso y civilización en que lo hallaron.

Filipinas, siempre que vuelva la vista al pasado, en sus nobles sentimientos de justicia, no podrá menos de reconocer lo mucho que debió a su anterior Metrópoli en los trescientos años que convivió con ella bajo una cronología dinástica, que comenzó con el egregio monarca, dispuesto a gastar la última moneda de su tesoro antes que abandonar las islas, que tan costosas le resultaban, para que no se perdieran almas para el cielo, y terminó en los tristes días durante los cuales dióse a conocer como mujer excepcional, de virtudes y talento tan grandes, como la hoy llorada Da. María Cristina de Hapsburgo que, en medio de la desgracia que rodeaba a la patria española, cuyos destinos se vió obligada a regir, plantó los jalones para un resurgimiento de España.

Merced a sus afanes y desvelos para defender la herencia del hijo a ella confiado, así como el destino del pueblo regido por sus débiles manos, supo asegurar aquella y dar comienzo al par a la noble empresa seguida por el tierno infante convertido en hombre, Don Alfonso XIII, de colocar a España en el alto y respetado puesto que hoy ocupa, haciéndose querer y respetar de propios y extraños y con especialidad de aquellos que llevando en su sangre la sav.a española van a su encuentro como hijos amantes de la Madre que tanto hiciera por ellos y que tanto desea la felicidad de los mismos.



S. M. DA. MARÍA CRISTINA DE HAPSBURGO
con el Rey Alfonso en brazos.

Severo y artistico Támulo levantado en el crucero de la Santa Iglesia Catedral por las exequias en memoria de la Reina Madre Da. Maria Cristina de Hapsburgo.



El Cónsul Gen. de España, Dn. Emilio de Motta el Gob. Gen. Sr. Stimson, el Delegado de S. S. en Filipinas, Mons. Piani, el Presidente Quezon, el "Speaker" Roxas, cuerpo Consular y altas autoridades civiles y militares que presidieron los solemnes funerales, en los que ofició el Excmo. Sr. Arzobispo de Manila, Mons. M. J. O'Dohe-ty.



Imponente aspecto que ofrecia la Sta. Iglesia Catedral durante las honras fúnebres.

Banquete de despedida en el Salón de Marmol en honor al Gob. Gen. Sr. Stimson, ofrecido por la Legislatura.

